

DELFIN COLOMÉ

Di sì felice innesto (Rossini, la danza, e il ballo teatrale in Italia). A cura di Paolo Fabbri. Fondazione Rossini Pesaro, 1997

En su tarea de recuperar y difundir todos los aspectos de la creatividad rossiniana, la Fundación Rossini de Pesaro –ciudad natal del compositor– ha sacado a la luz un libro, coordinado por Paolo Fabbri, en el que una serie de artículos pone de relieve la dedicación del maestro a la música para danza, incardinándola –en un marco más amplio– en la situación general de la creación coreográfica en Italia, durante la primera mitad del siglo XIX, con lo que la obra tiene un doble valor, en la medida en que no sólo nos habla del compositor, sino de las circunstancias envolventes que resultan de gran interés para comprender muchas cosas, no únicamente referidas a Rossini.

El hecho de que Rossini escribiera ballets no es demasiado conocido. Raramente se le da importancia en los libros que tratan del *Cisne de Pesaro*. La razón es muy sencilla: sus ballets no tienen una identidad propia e independiente, sino que quedan diluidos dentro de su formidable producción operística.

Sin embargo hay que tener en cuenta que Rossini contó con la colaboración de los grandes coreógrafos de la época. Entre ellos, Gaetano Gloria, Pietro Hus, Louis Henry y –*primus inter pares*– Salvatore Vigano, quien mantuvo con Rossini una especial relación creativa.

Incluso un cronista anónimo del *Giornaletto ragionato teatrale* escribe, en 1822, tras el estreno de *L'incoronazione di Semiramide*: «Parece que cuando el maestro compone sus obras piensa más en las piernas que en la voz»; lo que confirma el empeño que Rossini ponía en que las danzas incluidas en sus óperas fueran algo más que un mero pasatiempo para distraer a los buenos burgueses que acudían a los foros operísticos.

Que Rossini es *bailable* lo prueba también el hecho de que su música –incluso la no escrita para ser bailada– haya sido utilizada por muchos coreógrafos a lo largo de nuestro propio siglo, como Antony Tudor, Robin Howard, Branwell Tovey o John Cranko.

Junto al breve pero preciso artículo liminar del coordinador del libro, Paolo Fabbri (*Il ballo veduto colla lognette*), Rosa Cafiero desentraña en un espléndido texto (*Il «grande industriale internazionale del balletto» a Napoli nell'età di Rossini: Wenzel Robert Gallenberg*) la figura del curioso personaje austríaco –conde por matrimonio con la condesa Guicciardi– que dominó durante años el tinglado coreográfico napolitano, creando una verdadera *industria coreográfica*, en la que la música de Rossini aparece continuamente implicada.

Ornella Di Tondo (*I balli negli allestimenti rossiniani a Milano*) estudia el papel, peso y alcance de las coreografías con música de Rossini, básicamente trabajadas por Salvatore Vigano, en la Scala de Milán. Su capítulo incluye una jugosa correspondencia que explica a las mil maravillas cómo funcionaban las cosas en aquel momento; a la que añade una completísima cronología de la Scala entre 1812 y 1837, lo que permite situar convenientemente todos los datos que incluye el libro en general.

A continuación Gloria Giordano (*L'opera in ballo*) traza un preciso cuadro sociológico en el que enmarca la popularización, especialmente en los *salones*, de los bailes que el público ve bailar en la escena operística, traducidos –al bajar de las tablas– en *contradanzas* y *cuadrillas* más sencillas, más asequibles al público general.

Finalmente, Claudia Celi y Andrea Toschi (*Lo spartito animato, o delle fortune ballettistiche dell' «Adelaide di Francia»*) analizan formalmente, con todo lujo de detalles, la parte coreográfica de la delicada *Adelaide*, que en el catálogo de Rossini fue *di Borgogna* primero (en 1817), para ser *di Francia* después (en la Scala, en 1820); reproduciendo asimismo, en tono facsimilar, su partitura y argumento, firmado por el *signor Luigi* (Louis) *Henry*.

En definitiva, una excelente colección de estudios que llena un vacío no colmado en las grandes obras dedicadas a Rossini, como las de Cassou, Lord Derwent, Rognoni, o la más reciente de Frédéric Vitoux; sin olvidar los grandes clásicos: el opúsculo que Eugène de Mirecourt dedicó a Rossini y a Offenbach, o la inevitable *Vida de Rossini* que Stendhal escribió en 1823, cuya lectura recomiendo vivamente porque –además– en su más reciente edición española (Aguilar, Madrid, 1987) va seguida de las deliciosas *Notas de un «dilettante»*.